

con suma diplomacia sobre las muchachas ambiciosas, y procuraba abrir á los ojos de Solange nuevos horizontes, de cuya existencia no tenía ¡infeliz! ni la menor idea.

Y al concluir, encubriendo su astucia con la capa de la sencillez, dijo:

—Acordáos siempre, querida niña, de que he sido quien os ha llevado á emprender el camino del esplendor y la magnificencia.

En Nevers tomó un billete de primera clase, entregó á Solange el dinero que su amo le dió con ese objeto, la condujo él mismo al tren y la instaló en un compartimiento vacío.

La locomotora iba á silbar, cuando acudió precipitadamente un viajero, que llevaba un maletín á la mano.

—¡Hola, Servais!—dijo al conocer al criado de Oliverio.—¿Qué casualidad es esta?

Servais eludió entrar en detalles.

—¿No está el conde en Chevagnes?

El criado contestó vagamente.

Roberto Souvray pues no era otro el recién llegado, se instaló en el vagón, colocóse en un ángulo, puso la maleta en la red y ni siquiera se fijó en su compañera de viaje.

El tren se puso en marcha.

En tanto, Servais, que parecía clavado en tierra maldiciendo aquella casualidad pensaba:

—¿Por qué el señor de Souvray se ausenta hoy, día del casamiento de su prima? ¿Y qué pensará del viaje de esa criatura?

Un poco más tarde, Elena de Rocheville, que era ya señora de Taunay, ocupaba una silla de posta con su marido, su amiga Luisa

de Montambert, la señora Severin y el barón.

Los recién casados iban á Italia; los otros, separándose de estos en Nevers, regresaban á París.

Lo mismo, contestando al alcalde con voz triste y débil, que luego al obispo, al pronunciar el juramento que se prometía mantener, la novia no pudo apartar de la imaginación la imagen del ausente.

Concluido el almuerzo y como se hallara sola un instante con Hugo, sacó del pecho la carta que había escrito para el conde y se la dió.

—Tomad—dijo—enviádle este recuerdo, y decidle que le amaré... como una hermana, siempre.

Hugo estrechó con vehemencia la mano que Elena le tendía.

La silla de posta desapareció en seguida por la avenida.

Elena era sincera.

Pero la confesión muda, cruel y tardía de Roberto la había trastornado.

No amistad, sino amargos recuerdos, y un amor que debía enterrar, llevaba en su corazón la pobre recién casada!

XVIII

Catalina, después de la desaparición de su hija, no tenía consuelo.

Deseaba morir; y miraba el estanque con deseos de arrojarle en él.

Estaba muy arrepentida de no haber impedido que Solange se fuera. Temblaba de

piés á cabeza al pensar qué Fargeas iba á entrar de un momento á otro, y á pedirle cuenta de su culpable debilidad.

¡Solange los había deshonrado, sí! ¿Pero tenía ella la culpa? Y además, aun cuando fuese culpable, ¿no era su hija? Y la pobre madre no podía olvidar la dulzura, las caricias de su hija, que fué la alegría de aquel hogar, entonces tan solitario y triste.

A las nueve ya no podía más, y se rebeló contra lo que llamaba su cobardía.

Fué corriendo como una loca hacia el castillo, decidida á recuperar su hija y á llevársela consigo.

Cuando llegó, sin atreverse á preguntar á nadie, buscaba por todas partes á su Solange.

Como viera al fin á un amigo, un antiguo sirviente llamado Brodin, guarda también del castillo, preguntóle:

—¿Habeis visto á mi hija, Brodin.

—¿A Solange? Nó. Estamos tan ocupados, que no hemos podido reparar en nada.

Catalina quedó sin aliento, apoyada en un banco, mientras Brodin ensillaba una yegua.

—No os acerqueis, querida mía. Es el caballo del señor Souvray, que es muy resabiado y puede daros una coz.

—¿Del señor Souvray?—preguntó maquinalmente la corsa.—¿De cuál de ellos?

—Del joven, el señor Hugo. El mayor no ha venido.

—¿Por qué?

—No se sabe. Y vale más no decir nada;

sin embargo, con la mayor reserva os diré que, según parece, estaba prendado de su prima. Y, claro está, la alegría de los unos es la tristeza de los otros.

—¿De manera que no habeis visto á Solange?

El buen hombre iba á contestar, cuando se acercó un robusto y gallardo sujeto que se detuvo en el dintel de la cuadra.

Tendría cuarenta años; llevaba túnica color azul oscuro, sujeta por un cinturón de cuero; calzón ajustado y botas altas. Ostentaba en una placa de plata las armas de la casa Taunay.

Su aspecto era antipático.

Este hombre no era otro que Labranche, el enemigo de Simón, jefe de los guardas del dominio y, después del señor Dionisio, el hombre de confianza del marqués.

—¿Vos por aquí, hermosa señora?—dijo á la corsa.—¿Haceis lo que todos los demás, pasear?

—Sí.

—¡Magnífica ceremonia! El obispo ha llegado hace un cuarto de hora. Viene á casar al señor conde y á la señorita Elena. No son dignos de lástima, estos jóvenes. ¡Empiezan con mucho dinero!

Dió algunos pasos para alejarse; pero retrocedió en seguida y añadió:

—Celebro mucho encontraros. No quiero disgustar á Fargeas, que es mi amigo; pero me contraría que sea tan compasivo con esos bribones de los Simón. La mujer no hace

otra cosa que colocar lazos por todas partes, hasta mi puerta. Es una arpía que no teme ni á Dios ni al diablo.

—¡El marido está agonizando!

—¡Poco se perderá si se muere!

—¡Son dignos de lástima!

—Nada de eso. Son mala gente. Decidlo así á Fargeas.

—Bueno, señor Vicente.

Labranche, dirigiéndose á Brodin, le preguntó:

—¿Sabeis adónde iba Servais hace un instante?

—¿En un cabriolé?

—Sí.

—A Nevers.

—¿De una tirada?

—Tardará poco. Lleva el *Conquistador*, que es un buen caballo.

—¿Y á qué ha ido á Nevers?

—No me da cuenta de sus asuntos. Será por los del conde Oliverio. Pidiéronme el caballo, lo alisté y no sé más.

—¿Pero no iba una mujer con él?

—Podrá ser—contestó el otro con indiferencia.

—Alguna muchacha del castillo, sin duda. Pero—añadió Labranche—corría el caballo, corría de tal modo, que no he podido distinguir nada.

Catalina se puso pálida como la cera.

Alejóse sin decir una palabra.

—¿Qué tiene la señora Fargeas?—preguntó el guarda.

—No le faltan á la pobre algunas penas. No me extrañaría que su hija les diera que sentir.

—¡Bonito pimpollo!—exclamó Labranche. Creed, padre Brodin, que no es empresa fácil la de guardar una perla así. Es preferible una buena y rústica campesina. Los galanteadores no abundan tanto, en ese caso.

Catalina se detuvo junto á un árbol, procurando sobreponerse al dolor que sentía. La infeliz se ahogaba.

¡Ya no quedaba esperanza ninguna!

Y regresó, poco á poco, sin ocuparse del castillo, entró en Gue-aux-Biches, y no volvió á salir.

A las siete llegó Fargeas.

En seguida se puso á mirar á todos lados, como buscando algo.

Catalina, sentada cerca de una ventana, no hizo el menor movimiento.

—¿Y Solange—dijo él—dónde está?

La corsa contestó:

—¡Se ha ido!

—¿Cómo es eso?

—Pregúntaselo á tu amo, el señor conde Taunay.

—¿Qué quieres decir?

—Quiero decir, Lucas, que si Solange se ha negado á casarse con Román Tremor, si estaba siempre triste y huía de todos; si nos abandona, á pesar de querernos tanto, para ir á esconderse en ese inmenso Paris, adonde un criado del castillo la lleva, es porque está deshonrada, porque el conde vino aquí para

ser su perdición, para violentarla, y en fin, para acabar por robárnosla hoy.

—¿Y tú lo sabías?—gritó Fargeas.

—No; pero aun cuando lo hubiera sabido, ¿qué remedio había?

—¡Haberlos matado, primero á ella y luego á él!—dijo el guarda rugiendo como una fiera.

—¡Ahí tienes la razón de por qué la he dejado partir! Si tú le hubieras puesto la mano encima, yo la hubiese defendido. ¿Qué sabía ella, pobre niña? ¿Qué culpa tiene? A ese demonio es á quien hay que castigar.

—¡A unos viejos y buenos servidores como nosotros! ¡Qué afrenta!—murmuró Fargeas, cayendo anonadado en una silla y cogiéndose la cabeza con ambas manos. ¡Miserable!

Levantóse Catalina, y apoyándose en el hombro de su marido, dijo:

—No sirve de nada quejarse. Soy corsa. En mi país no estamos por las palabras, sino por los hechos; no nos precipitamos, nada de eso; aguardamos, si es preciso, años y años y en vez de amenazar, matamos.

Un hombre vale otro hombre, llámese duque ó príncipe. Y no importa que el enemigo sea fuerte como un león y ligero como un águila; se le llega á alcanzar con el tiempo, puesto que ha de venir el instante en que el león se duerma ó el águila baje de las alturas. ¿Comprendes?

—Sí.

Llamaron á la puerta.

Era Román Tremor.

Sin decir una sola palabra estrechó la mano á Fargeas y abrazó á Catalina, que le dió un beso.

¡Sus pesares se entendían, se hablaban!

El mal no tenía remedio. ¿Por qué buscarlo? ¿A qué consolar el inconsolable?

Cuando salió, era completamente de noche.

A lo lejos se distinguían los fuegos artificiales y el griterío de la regocijada multitud.

Román extendiendo los brazos hacia Chevagnes, exclamó:

—Si Dios no es justo ¡paciencia! ¡Otros lo serán por El!

Y en el dintel de la fragua, la *Bigornia*, atraída por las detonaciones, gruñía entre dientes:

—¡Si el castillo ardiera, con qué placer avivaría yo el fuego y echaría á ese infame de Labranche entre las llamas!

¡Pero del deseo á la realidad, como de la copa á los labios, suele haber más distancia de la que parece!

XIX

Servais permaneció en el andén de la estación de Nevers mientras que el tren se alejó en dirección á París.

El ayuda de cámara estaba contrariado.

Esto prueba que tomaba en serio los asuntos de su amo.

El encuentro del mayor de los Souvray con la hija de los Fargeas, le fastidiaba;

puesto que temía á los juicios que pudiera hacer aquel sobre el inusitado viaje de la muchacha. Y si esta le suministraba algunos detalles, entonces se complicaría más el asunto.

A los cinco minutos de ponerse el tren en marcha, el conde Souvray, después de haber colocado los objetos que traía á la mano con toda comodidad, volvióse del lado de su compañera.

A pesar de su preocupación, de su tristeza, el conde hizo una exclamación de sorpresa:

—¡O mucho me engaño—dijo—ó tú eres Solange!

No había medio de eludir la respuesta.

Roberto y su hermano conocían de toda la vida á los guardas de Chevagnes, y en particular á Fargeas, por quien sentían verdadera estimación. Habían conocido á Solange desde pequeña, y también la querían mucho.

—¿Sois vos, señor Roberto?—contestó ella ruborizada.

—¿Adónde vas, pobre niña?

—A París.

—¿Y viajas en primera? ¿Has heredado?

—¡Ay! no.

El conde se fijó en la capa forrada de pieles y el sombrero que llevaba Solange, y esto le daba qué pensar.

—¿Sería á tí á quien Servais llevó á Nevers y acompañó hasta la estación?

—Sí, señor.

—¡Diablo! ¡diablo!—dijo el conde entre dientes.

Solange ya no estaba encarnada. Cuando el conde la miró, se puso lívida.

—¿Sabes que es difícil conocerte con ese pergenio? Pareces una señorita. ¿Y qué vas á hacer en París, criatura?

—Aprender un oficio para ganarme la vida.

—¿Cuál?

—No lo he decidido aún.

—¡Diablo! ¡diablo!—volvió á decir el conde.—Yo creía que te ibas á casar.

—¡Oh! no—se apresuró ella á responder.

—Sí; con Román Tremor. El me lo ha asegurado repetidas veces. Y Fargeas también lo creía así.

—Efectivamente, iba á casarme; pero ya no me caso.

—¿Se puede saber por qué?

—El conde abandonó su asiento y se colocó frente al de la muchacha, á quien no dejaba de mirar fijamente como queriendo leer en el fondo de su mirada.

No le guiaba pueril curiosidad, sino verdadero interés, hijo del afecto que consagraba á los Fargeas; y en aquella ruptura veía una desgracia.

Algunos meses de estancia en París enseñarían á Solange lo que es disimulo; pero su herida estaba aún muy reciente y su alma era todavía hartamente cándida para poder ocultar, sin dejar que los adivinaran, sus sufrimientos; y además, frente á aquel amigo de la infancia no tuvo fuerzas para mentir.

—Pues no me he casado—repuso—porque

porque no soy digna de unirme á un hombre honrado.

Y bajó la cabeza.

—¿De modo que te hallas bajo la protección del señor Servais? Este es el hombre de confianza del conde Oliverio. ¡Te felicito, moñina! ¡Si me hubieran jurado lo que estoy oyendo, no lo hubiera creído! Tu dulce y angelical semblante me tenía engañado, puedes estar segura. ¿Y dónde vas á habitar en París?

—En la calle de la Paz.

—Hermoso barrio. ¿En casa de quién?

—En la de una señora para la cual llevo carta de recomendación.

—¿En qué se ocupa esa señora?...

—Leed—dijo Solange entregándole la carta del conde.

—Letra de Oliverio—dijo Souvray con amargura.—¡Tienes valiosas relaciones! ¿Y tu madre se ha enterado de tales proyectos?

—Esta mañana.

—¿No se ha opuesto?

—No.

—¿Luego el mal no tenía remedio?

Solange se mordió los labios, procuró contener el llanto y no trató de excusarse. ¿Para qué?

El señor Souvray varió de tono.

Sabía lo que quería saber.

Cogiendo las manos de su compañera le dijo con dulzura:

—Tranquilízate, mi pobre Solange; ¡el castillo estaba muy cerca de la choza! ¡Fué una

fatalidad! Todos tenemos penas; crée que á mí no me faltan. Viviremos cerca. Puedes estar segura de que en mí tienes un amigo.

—¿Vais también á París?

—Sí.

—Y abandonais Souvray, donde tan á gusto viviais?

—Tu eras feliz en Gué-aux-Biches y también lo dejás...

—¡Es verdad!

—¡Eras feliz al lado de tus padres, á quienes tanto amas!

Ella se tapó la cara con ambas manos, y dejó caer la cabeza sobre el pecho.

Lo sucedido á Solange confirmóle en la opinión poco favorable que tenía de Oliverio, y dudó, con más fundamento que nunca, que aquel matrimonio llegara á ser feliz. Como su alma era muy generosa, lo sentía, pues el amor que consagraba á Elena llegaba al heroísmo.

Para Solange fué un consuelo encontrar á aquel señor tan bueno y tan digno.

Y Souvray, á su vez, muy unido á la pobre muchacha por verdadera amistad y sincero interés, se felicitaba también para intentar al menos evitar al guna desgracia, de haber hallado el hilo de aquella intriga, que debía comprometer, con la de otros, la tranquilidad de la condesa de Taunay.

Los sentimientos de Roberto no podían ser más nobles.

Cuando á eso de las once llegaron á París, Souvray tomó un carruaje y llevó á su compañera á la calle de la Paz.

En un balcón del primer piso se veía, en gruesas letras doradas, un rótulo con el nombre *Felisa*. Había luz en la habitación; se comprendía que velaban, esperando á la viajera, cuya llegada anunció el telégrafo.

Y después de asegurarse de que Solange había entrado, dijo al cochero:

—Hotel de Nevers, calle de San Agustin.

XX

Esperaban, en efecto, la llegada de Solange.

Y quien la aguardaba era una mujer que gozaba entonces de bastante celebridad.

El conde Oliverio, que disfrutaba de todos los privilegios, tampoco carecía de ingenio.

Pero tropezó en sus primeros pasos con una mujer mucho más inteligente que él; era astuta y diplomática como hay pocas.

Se llamaba la señorita Felisa y habitaba el primer piso de la casa número 47 de la calle de la Paz.

Después de todo, Felisa no era más que una modista; pero no de pacotilla, como suele decirse, sino más bien una verdadera artista; no una obrera, sino una gran señora; tampoco una confeccionadora, sino una hada.

Al menos, supo adquirir ese prestigio.

Era rica, pero quería serlo más. No nos atreveremos á afirmar que su talento en el arte de elegantizar á todas las mujeres con los trajes y sombreros que hacía, fuese lo único que la enriqueciera; pues si una gran par-

te de su clientela visitaba sus almacenes, no faltaba tampoco otra que sólo frecuentaba sus salones.

¿Qué más quiere la sociedad?

Esta no recibiría á Felisa, pero iban á su casa y necesitaban de ella.

Eso contribuía al odio que le inspiraban sus clientes, pues envidiosa y altiva, detestaba á cuantos habian nacido en esfera menos humilde la suya.

Sin embargo, sabía ocultar sus pasiones bajo la apariencia más dulce y graciosa; así es que nadie podía sospechar todo el odio que era capaz de sentir aquella mujer.

Cuando Solange entró, Felisa estaba acurrucada, como una gata, en un cómodo sillón de su gabinete, habitación, por cierto, lujosa y elegante.

Al oír que se detenía un carruaje, dijo á una hermosota rubia que iba vestida de negro, con delantal blanco de fina batista, y que se hallaba sentada frente á ella:

—Juliana, id. En ese coche que ha parado debe venir esa joven. Tengo curiosidad de verla.

Juliana que era la doncella y la confidente de Felisa, se levantó y salió sin decir una palabra.

La modista era mujer sana y vigorosa, alta y desarrollada sin exceso; lo más notable en ella era la distinción natural. ¿De quién la habría heredado?

Su madre fué portera y mujer tan perversa como ordinaria; responsable del camino que emprendió su hija.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO RAYES"

Año. 1925 MONTERREY, MEXICO

Su padre, empleado en el matadero, hombre huraño y brutal, murió despanzurrado por un toro que se enfureció al olor de la sangre.

Felisa vivió trece años en el chirivital de la calle Boullts; recibiendo de sus padres porrazos en vez de buenos consejos, y no se sabe qué hubiera sido de ella á no ser porque un día, al pasar por su barrio un batallón de regreso á Vincennes, el comandante adivinó en aquella niña, cubierta de harapos, una mujer realmente hermosa.

Tuvo un capricho por ella y se la llevó é hizo que aprendiera un oficio.

La colocó en casa de una afamada modista y gastóse algún dinero en que la dieran buenas lecciones.

Apresurémonos á decir que ella enseguida le pagó con la mayor ingratitud é hizo una vida desordenada.

Felisa fué desde niña poco escrupulosa.

Tendría veintisiete años cuando el conde Oliverio, que contaría entonces veintidos, se enamoró de ella.

Supo dommarlo, detenerlo en la pendiente de las locuras, y no le gastó sino el dinero necesario para fundar el establecimiento de modas, á pesar de que pudo muy bien conseguir que le hubiera dado mucho más.

Supo también hacer que marcharan de frente sus negocios y sus placeres. De día pertenecía á su clientela.

De noche no daba cuenta á nadie de cómo empleaba el tiempo...

Se desligó cuanto ántes del conde de Tournay, porque era muy déspota y voluntarioso; pero tuvo la habilidad de seguir siendo su amiga, y además su consejera en las circunstancias difíciles que, por causa de lo violento de sus apetitos, se presentaban con frecuencia.

Al recibir el telegrama comprendió que se trataba de una nueva aventura y, con la mayor facilidad adivinó, sin equivocarse mucho, todo lo sucedido.

Solange quedó deslumbrada al penetrar en aquella morada tan lujosa, y no se atrevía á dar un paso.

Juliana levantó una cortina de damasco amarillo y Solange entró en el santuario de la dueña.

Felisa le pareció una mujer imponente y hermosa, cuyos ojos negros eran expresivos y brillantes. El cabello era negro también, y la tez morena.

Colocando un binóculo sobre su nariz, ligeramente remangada, de corte atrevido y sensual, miró atentamente á la muchacha y le dijo:

—Acercaos, hija mia.

A una indicación que hizo á Juliana, ésta quitó el abrigo y el sombrero á la viajera; Felisa luego la acercó á una de las lámparas y la examinó con más atención todavía.

Después dirigió una mirada á su doncella; mirada que expresaba verdadera admiración.

Leyó la carta del conde.

—Si no entiendo mal lo que aquí leo,—dijo—sois una campesina.

—Casi.

—¿Hija de un guarda?

—Sí, señora.

—¿Vuestras costumbres serán, como es consiguiente, muy campestres.

—Yo vivía con mis padres. Mi padre es del Morvan. Mi madre es corsa.

—¡Ah! ¡Teneis sangre corsa en las venas!

—Mi padre, siendo soldado, casó con una joven de Sartène.

—Todo se explica. Me figuro que el conde ha contraído serias obligaciones con vos. Hablaremos de esto más adelante. Me encarga que os inicie en la vida de París. Puedo aseguraros que si sois inteligente, entrareis por la puerta grande. Me habeis sido simpática. Os encontráis con dos protectores que valen por todos los del orbe, el conde y yo. No hablemos más por hoy. Estareis cansada. Mañana os acompañará Juliana donde sea necesario para procuraros lo que os haga falta, que serán muchas cosas... Ahora id á descansar. Juliana os encontrará habitación en el barrio. Mientras yo os daré una aquí.

—¡Aah! señora—dijo Solange conmovida, ¡cuántas bondades!...

—¿Cómo se conoce que sois joven, hija mía!—repuso Felisa.—¡Buena yo! Hé ahí un calificativo que no merezco. Sin embargo, quiero ser buena con vos, si respondeis á mis cuidados. Idos á dormir, hermosa.

Pocos momentos después daban las doce.

Juliana volvió á entrar.

—¡Señora, qué joya!—exclamó.

Felisa sentía necesidad de alivio, después de las molestias que experimentó representando tan solemne papel.

La pilluela de la calle Boulet reaparecía.

—Ya lo creo—contestó.—Con buena ropa blanca, elegantes trajes y bien pulida, ahí tienes una que atraerá muchos billetes de Banco.

Luego, variando de tono, y poniéndose seria, añadió:

—No sé por qué, se me figura que he de tomarle cariño á esa criatura; ¡yo que no quiero á nadie!

—¿La señora me necesita?—preguntó Juliana.

—No.

—Buenas noches.

—Buenas noches, Juliana. Tened cuidado de esa joven.

—La señora puede estar tranquila.

Felisa se levantó, desnudándose, se acostó y mientras se preparaba á dormir, repitió lo menos diez veces:

—¡Es encantadora!

XXI

Antes de entrar de lleno á relatar los sucesos que fueron consecuencia de los hechos que acabamos de referir, bueno será dar á conocer á nuestros lectores dos cartas cambiadas entre dos personajes de nuestro relato, y

participarles la muerte del anciano marqués de Taunay, acaecida en medio de circunstancias excepcionales, y ante las cuales enmudeció la justicia, sin comprender nada. ¡Verdad es que esto sucede con mucha frecuencia!

LA CONDESA ELENA DE TAUNAY-COULANGES, Á
LA BARONESA DE MONTAMBERT

Calle de la Ville-l' Eveque

PARIS

Venecia 22 marzo de 1868.

«Mi querida Luisa:

»Compadéceme. Me aburro de lo lindo, y detesto Italia entera, Venecia, sobre todo, en la cual nos hallamos desde diciembre, y en donde Oliverio está contentísimo; pero te aseguro que no comprendo cómo se puede vivir aquí ni una hora.

»¿Quién es el obcecado que concede poesía oriental á la ciudad de los dogos, tan en decadencia hoy?

»En vez de púrpuras, terciopelos, mandolinas y canciones, no veo más que mendigos ni escucho más que lamentos.

»Todo me parece desconsolador, triste, miserable...

»Quizás será por el estado de mi alma, que me impide apreciar los naturales encantos del país.

»Y, después de todo, ¿por qué estoy triste? No sabría explicarlo. Pero la verdad es que echo de menos mis montañas del Morván, mi parque de Rochevieuille, la casa de mis padres, y hasta ese castillo de Chevagnes, donde cada rincón trae á mi memoria un recuerdo de la niñez.

»No comprendo esta vida tan agitada, á que tan aficionado es mi marido, y que yo detesto... ¡Si al menos me hallara en nuestro hotel de París, que apenas conozco!...

»Allí me rodearía de objetos queridos... recuerdos de familia!... Mientras que desde mi casamiento voy errante, de un sitio á otro: de Turin á Nápoles, de Roma á Milan, de Florencia á Venecia, sin tomar apego á nada; ¡de hotel en hotel!

»Y este movimiento febril, que me cansa y enerva, gusta mucho á Oliverio... Pretende que aquí nos podemos consagrar mejor el uno al otro que en París, adonde, después de todo será preciso regresar de un día á otro, y me sonríe la idea de que será pronto. Extraño que esta población, en la cual nuestras relaciones no son numerosas, ó no debieran serlo, tenga tantos atractivos para mi marido.

»No sé cómo se las compone Oliverio. Conoce á todo el mundo. En todas partes está como en su propia casa. Hemos permanecido algun tiempo en Viena. Durante nuestra estancia no hemos hecho otra cosa que admitir convites y gozar de las diversiones todas. El pueblo vienés es afectuoso. Las mujeres muy atractivas y los hombres sumamente galan-

tes y distinguidos; tu, con tu elegancia y proverbial animación, lo hubieras pasado muy bien. Yo, en cambio, soy tan palurda, que solo me agrada la soledad y el retiro. Hubiera deseado pasar, sola con mi marido, los seis meses que hemos perdido en medio de ese mundo cosmopolita, donde me encuentro sin saber qué decir, ni qué hacer. No me cabe duda; he nacido para hilar copos de lana y educar mis hijos, si los tengo, claro está. Te diré, para *inter nos*, que á Oliverio le contrarian mis maneras y mis gustos, y que hubiera deseado una compañera más brillante y que halagara su vanidad. Procura disimularlo; pero yo no me hago ilusiones.

»Mi tío, de cuando en cuando me escribe dos líneas.

»Su salud me tiene intranquila. Me hablaba ayer de lo mucho que desea nuestro regreso.

»¡No lo deseará más que yo!

»Se lo he dicho así á Oliverio esta mañana y me ha contestado con evasivas.

»Pasa gran parte del día en casa de la princesa Wanda, esa hermosa polaca, de la colonia parisiense, casada con el príncipe Cavalli. Este posee aquí el antiguo palacio Morosini, junto al gran canal. Es poderosamente rico, y no hace otra cosa que pasearse por Europa.

»El contraste entre marido y mujer es sorprendente.

»La princesa, á quien debes conocer, tiene treinta años, aunque representa veinticinco;

es una rubia encantadora, una de esas mujeres del Norte semejantes á una aparición. Es imposible que no la hayas visto en París, donde pasa tres ó cuatro meses al año. El príncipe le dobla la edad. Mas que hombre, es un fantasma. Su semblante, amarillo como la cera, bajo la negra peluca, resulta repulsivo. Casó con Wanda por su belleza; ella le admitió por su dinero.

»Ayer hubo en el palacio Cavalli un baile verdaderamente régio. Oliverio se empeñó en que yo fuera, por más que el matrimonio ese no me inspira ninguna simpatía. El baile era de trajes. La princesa es entusiasta por los disfraces. Laferriere, según mis instrucciones, me ha enviado una *toilette* de la época del Renacimiento, que hubiera podido servir de modelo al mismo Ticiano. La polaca me la celebró mucho. Debo á esta señora muchas atenciones, que no tengo más remedio que agradecer. ¿Te pareceré muy ridícula si te confieso que me sentí más triste que nunca en esa fiesta?

»Cuando nos retiramos, Oliverio me habló de lo descontento que estaba de mí en términos bastante duros.

»—No sabe uno—me dijo—cómo distraerlos.

»Nada más fácil. Yo no pido diversiones, sino recogimiento. No he nacido para el ruido, sino para la tranquilidad.

»Me ha parecido también que los hermosos y azules ojos de esa princesa Wanda, que desde hace seis meses encuentro en todas

partes, miraban con cierta humillante compasión á mi novicia persona, y eso, lo confieso, me ofende.

»La verdad es, mi pobre Luisa, que esta existencia nómada me tiene nerviosa, excitada; que el matrimonio me atormenta ya como una pesadilla; que echo de menos mi libertad; que bajo la forma de exquisita cortesía hallo que mi marido se ha propuesto no sacrificarme ninguno de sus gustos; pues va donde le parece, sin tener en cuenta mis deseos, y frecuenta el trato de quien se le antoja, á pesar de mi aversión...

»Esa princesa Wanda me inspira una desconfianza que no puedo dominar. Tengo poca experiencia; pero he sorprendido miradas entre Oliverio y ella, que me han hecho saber más de lo que deseaba. He querido dejar de tratarla; pero Oliverio ha invocado los respetos debidos á una antigua amistad y á las conveniencias sociales. En síntesis: no ha querido acceder á mis ruegos.

»¡Y no hace más de seis meses que nos hemos casado!

»Adiós, querida Luisa; ¿cuándo nos veremos? ¿Cuándo acabará este viaje que se me hace tan insoportable como si estuviéramos en el polo ártico, perdidos entre la nieve!

»Escríbeme á este triste palacio, llamado *della Croce* (de la Cruz), donde vivo como una desterrada, y dame valor.

»Tu amiga,

»ELENA.»

P. S.—Abro esta interminable carta para darte una triste noticia.

»Mi tío acaba de morir, de resultas de una apoplejía. Así lo dice el telegrama que recibimos en este momento.

»Y, ¡extraña coincidencia! cerca de él, en su habitación, se hallaba muerto también, su fiel criado Dionisio.

»Salimos de aquí en seguida.

»No me consuelo de no haber asistido al pobre tío en sus últimos momentos. El y mis primos los Souvray son los únicos hombres que me han manifestado sincero afecto, así como tú eres la única mujer que me quiere bien, en unión de mi buena Eugenia, sin la cual te aseguro que hubiera sucumbido en estas latitudes, atacada de incurable *spleen*.

»Hasta pronto.

»ELENA.»

La otra carta la recibió algunos días antes el conde Oliverio.

Era de Felisa.

Decía así:

«Mi querido conde:

»No os ocupais para nada de vuestra protegida. Creo que haceis mal. Suceden, no obstante, algunas cosas que no debéis ignorar. Os las hubiera comunicado antes, si antes hubiera sabido dónde debía dirigiros mis cartas, con tan útiles detalles. He sabido vuestra estancia en Venecia por una de mis clientes, la princesa Wanda Cavalli, que me